

EL BRACERO



Por José Piedad Melgoza

1525

4

03



D
M
00



1020148747

Cada bracero tiene una historia que contar, por toda la Unión Americana hay braceros, ellos luchan por ser cada día, mejores y su trabajo es fundamental para la vida de los Estados Unidos y la América Latina. José Piedad Melgoza nos narra una de esas interesantes vivencias. El Bracero es un digno escrito que nos permite recordar a cada uno de nosotros, a un familiar, amigo, vecino o conocido bracero y comprender más su importante labor en este nuestro planeta, tierra.

EL BRACERO

por José Piedad Melgoza

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

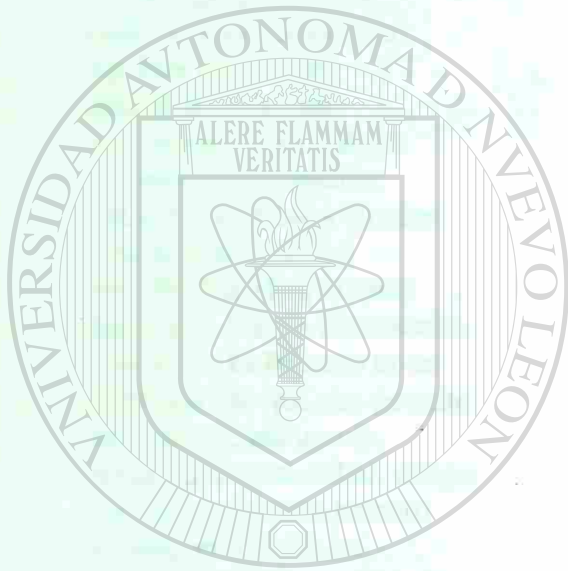
Juan Alanís Tamez.

Universidad Autónoma de Nuevo León

m

EL BRACERO

Por: José Piedad Melgoza



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Universidad Autónoma de Nuevo León



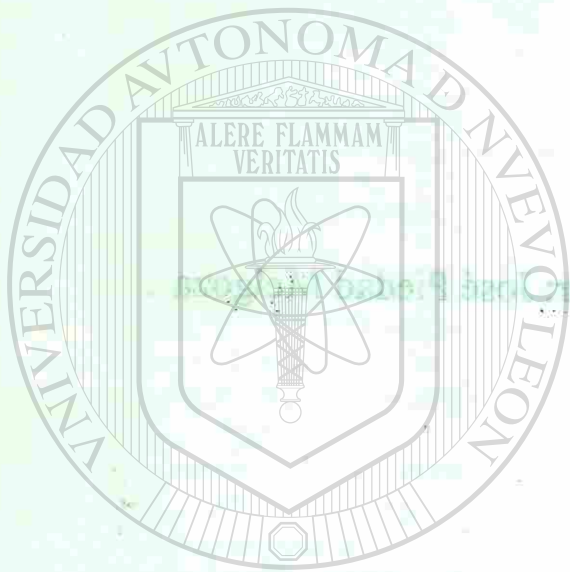
HD1525

.M4

2003

972192

EL BRACERO



UA

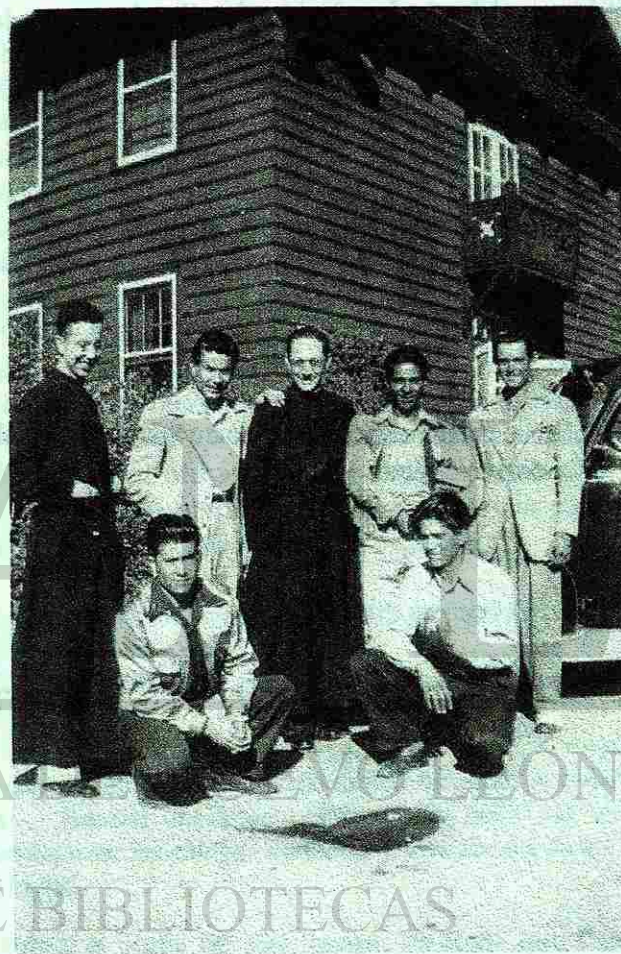
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
UNIVERSITARIO

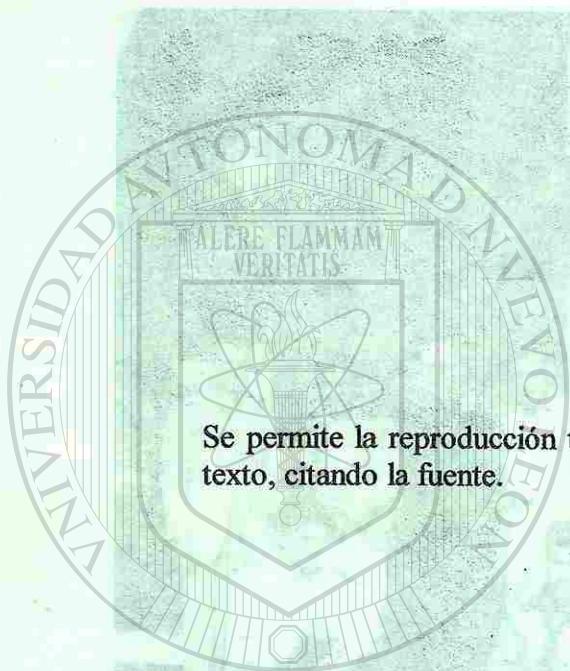
EL BRACERO



Por José Piedad Melgoza

EL BRACERO

Por José Piedad Melgoza



Se permite la reproducción total o parcial de este texto, citando la fuente.

Primera Edición, mayo 2003 Monterrey, N.L.
México.

Impreso y hecho en México
Printed and Made in Mexico

Prólogo

Por el M.C. Oscar A. González De León

Al ingresar los Estados Unidos de América, en 1942 a la Segunda Guerra Mundial se vio la necesidad de buscar países que formaran parte de la Alianza, correspondiendo México al llamado y firmando un pacto de amigos, que se concretó el día 20 de abril de 1943, en la ciudad de Monterrey, N.L. entre los presidentes Franklin D. Roosevelt y Manuel Ávila Camacho. En recuerdo a este hecho histórico la ciudad erigió un pequeño monumento de granito y bronce, ubicado actualmente en el interior del Parque Niños Héroes, a escasos metros de la avenida Manuel L. Barragán. El saludo de rigor y los honores a las banderas, lo hicieron los presidentes de Laredo, Texas y de México, D.F. El acto se desarrolló a un lado de la vía de ferrocarril México-Laredo contiguo al Campo Militar. Cuatro fueron los acuerdos principales que surgieron de esta Alianza, tocándole a México cumplir:

- 1.- La vigilancia militar de nuestro territorio (frontera, mares y tierra firme).
- 2.- El suministro en venta del petróleo necesario a los Estados Unidos.
- 3.- Mediante sorteos de bola blanca y negra, organizar la concentración y capacitación militar de nuestros conscriptos.
- 4.- Aportar mediante contratos, la mano de obra para trabajos en los campos agrícolas y vías férreas de los Estados Unidos.

Sobre el autor de este relato, diremos que cuando en 1944, Don José Piedad Melgoza y cientos de braceros mexicanos cruzaban en tren la línea fronteriza, la Segunda Guerra Mundial (1934-1945), estaba en todo su apogeo, en los

frentes de batalla de Europa, Asia, Pacífico y Norte de África, donde los ejércitos aliados formados principalmente por: Norteamericanos, Ingleses, Franceses y Rusos luchaban contra el Eje Alemán-Italiano y Japonés, siendo la contratación de braceros parte del convenio México-Estados Unidos para levantar las cosechas en los campos agrícolas de la Unión Americana, carentes mano de obra inmediata. El relato de Don José Piedad, nos recuerda y nos hace vivir en las películas y corridos mexicanos de este género, los cuales se siguen filmando y grabando con una vena continua que persistirá mientras el dólar siga siendo el rey de la frontera norte. La película "Espaldas mojadas" (1943) reúne a los paisanos de diferentes partes de la república, con los estelares: David Silva (de Mante), Oscar Pulido (de Cuatro Ciénegas), Lalo González "El Piporro" (de Los Herrera, N.L.) y Víctor Parra "El gringo" (capataz y pollero). Esta película es el mensaje de un clásico tema de los sufrimientos del mexicano indocumentado con trabajos mal pagados y explotado por enganchadores del ferrocarril. Asimismo la canción balada de Rubén Méndez. "El canto del bracero" (1953) interpretada por el inolvidable Pedro Infante, se cantó y se sigue cantando como un himno al bracero: *"Cuando yo me fui pa'l norte, / me colé por California;/ yo no tenía cartilla ni pasaporte/ ni amigos, ni palancas en migración, pero me colé con resolución./ Recorrí varios estados de la Unión Americana.*

La ilusión de Don José Piedad, fue la misma que la de miles de mojados, contratados y pasaporteados que buscan mejorar su condición económica de tal manera que les permita un mejor lugar en la economía social, o simplemente te vas al "otro lado" por hambre, quedando

atrás aquel sentimiento lejano de nacionalidad y rencor cuando perdimos entre 1845 y 1848, la Alta California, Nevada, Arizona, Nuevo México, Texas y parte de los territorios de Utah, Colorado y Wyoming.

Vemos a estos paisanos trabajando en: la lechuga, algodón, ciruela, betabel, papa, chabacano y uva, haciéndola también de: carpintero, albañil y chofer. Vivió la carencias y afanes con sus compañeros según su condición de mojados, alambristas o desertores siendo deportado y vuelto a contratar, teniendo manera de comer en alguna cafetería, fue aprendiendo a frasear en inglés el menú que pedimos por siempre en el "otro lado": hot cakes, ham and eggs y coffe and donuts. Trató con mayordomos, capataces y patrones buenos y malos como en todas partes. Ya siendo un veterano en los campos de algodón, en Missouri defendió a sus paisanos del trato injusto que recibían masticando el inglés de supervivencia "apersonándose" con el dueño de la compañía algodонера, reconociendo el Mister que los mexicanos estaban en su derecho, según el contrato de trabajo donde para los norteamericanos, la ley es la ley; recibiendo finalmente, el trato justo que se merecían. Vivió en California durante el año de 1945, cuando se termina la Segunda Guerra Mundial, describiendo el regocijo que sintieron y festejaron los norteamericanos por este 1954; los franceses le pasan la estafeta a los Estados Unidos para continuar con la interminable Guerra de Vietnam. José Piedad fue contratado en la ciudad de México en 1943, y posteriormente nos narra las contrataciones que se hacían en Monterrey, N.L., justamente en la Estación de carga del ferrocarril frente al Campo Militar antes mencionados, ampliándose las contrataciones en la Estación del Carmen, el Zacate (Dr. Coss) y Estación Aldama, N.L.

Los que hemos vivido en Monterrey en los últimos cincuenta años, recordamos que todavía a finales de los años cincuenta del siglo pasado, las contrataciones de bracero donde dice José Piedad corresponden a lo que es hoy, la Av. Manuel L. Barragán; el de la vía México-Laredo, llamado ese punto en aquel tiempo "El Empalme". Vecinos de las colonias Regina e Hidalgo, eran parte de aquel mundo de gente que de alguna manera obtuvo algún beneficio económico, vendiendo: café, tortillas, pan, lonches, tacos, comidas, refrescos, aguas frescas, etc., instalando además, fondas y tugurios con la venta de cerveza, vinos y licores con su respectiva radiola y sin faltar las guapas "coloreteadas". Actualmente la espuela que corría a lo largo de la avenida Barragán ya fue levantada y como testigos siguen los muros del Campo Militar y la Estación de carga del ferrocarril. En esta avenida, existe un camellón con palmas datileras sembradas recientemente (1999-2000), destacando hacia el sur de la avenida, al final de la línea de palmas, un viejo árbol de mezquite rodeado a manera de cerco de vigas o tallas de ferrocarril; los vecinos le llaman a este árbol: "El mezquite de los peluqueros", por ser uno sólo de los sobrevivientes donde los peluqueros instalaban su equipo de peluquería al aire libre, con un espejo colgado al tronco, una silla y su cajón viejo con instrumentos. Finalmente, la narración que nos presenta Don José Piedad Melgoza, consideramos que es de los pocos testimonios rescatados de manera fiel por alguien que los vivió, compartiendo con nosotros los tiempos que se fueron, pero que siguen siendo parte de la vida de nuestros pueblos.

ANTECEDENTES

En el año de 1944, en la ciudad de México y en el ese entonces Estadio Nacional, quedaron instaladas las oficinas que para la contratación de braceros mexicanos, establecieron los gobiernos de México y los Estados Unidos de Norteamérica.

Como consecuencia del reclutamiento establecido o decretado por el gobierno norteamericano, con motivo de su ingreso a la acción bélica durante la segunda guerra mundial, faltaron brazos para realizar funciones vitales para la economía de nuestros vecinos del norte, siendo las peor pagadas, lo que obligó a ese gobierno a celebrar un convenio con el gobierno mexicano para que, mediante contratos individuales avalados por representantes de ambos gobiernos, varios miles de trabajadores fueran a los Estados Unidos a realizar labores en las vías férreas y en los campos agrícolas de este país.

Cuando en todo el país se conoció esta noticia, una verdadera avalancha humana, principalmente gente del campo, se volcó sobre la ciudad de México con el propósito de obtener un contrato que les permitiera emigrar hacia el norte y satisfacer sus inmediatas necesidades: algunos con el deseo de conocer otros lugares, pero la inmensa mayoría, con la mira de mejorar su situación económica, y se integraron agrupándose en las inmediaciones del Estadio, provocando la concentración de miles de campesinos, con el consiguiente trastorno para el vecindario aledaño.

Para tener una idea más precisa de lo que llegó a representar este suceso, para la vecindad cercana al Estadio, es necesario conocer la ubicación de este inmueble que servía para la celebración de grandes eventos públicos: hacia el lado sur una cuadra de por medio, estaba la calzada de La Piedad y los grandes llanos de Narvarte; por el oriente, a unas dos cuerdas estaban las instalaciones del Hospital General y hacia el norte y el poniente se extendía la Colonia Roma, que junto con la Colonia del Valle eran en ese tiempo, lugares preferidos de la clase media alta para fijar su residencia.

Ya se puede entonces comprender mejor, cual fue la situación a la que se vieron sometidos los vecinos del Estadio; al ver invadida su vecindad por los miles de campesinos venidos de todos los confines del territorio nacional, a tratar de conseguir su viaje a los Estados Unidos, agravado esto además, por la condición económica a la que llegaron muchos al terminárseles los fondos que lograron reunir, a veces vendiendo hasta sus animales domésticos, mientras esperaban la oportunidad de conseguir el anhelado contrato, para irse a trabajar y a ganar dólares.

La Secretaría de Gobernación, por medio de la comisión creada para atender lo relacionado con el convenio celebrado entre ambos gobiernos, envió a diferentes Estados de la República, tarjetas para que fueran repartidas por autoridades locales, a los campesinos que desearan ir a trabajar a los Estados Unidos y se generó con esto una serie de arbitrariedades y actos de corrupción entre los encargados del reparto y los que las recibían, llegándose a cotizar hasta en trescientos pesos el valor de una de dichas

tarjetas.- Quienes las obtenían de inmediato se trasladaban a la Ciudad de México a comenzar su vía crucis para poder ingresar al Estadio y contratarse; peregrinaje que en algunos casos se llegó a prolongar por muchos días.

Las tarjetas eran de colores verde y rosa, que decían era con el objeto de tener mejor control de quienes ingresaban al interior del Estadio y así había días en que se anunciaba por los altavoces instalados en las afueras, que entrarían a contratarse quienes tuvieran, por decir, tarjeta verde y había que ver la agitación que se formaba a la puerta de entrada por aquellos que tenían este color en su tarjeta y que algún vivo aprovechaba para colocarse entre el tumulto, aunque tuviera tarjeta de otro color, formándose incontrolables ajeteos que por fortuna, no se supo nunca que degeneraran en tragedia.

Y así transcurría para estos hombres, cada uno de los días de cada semana, ya que solamente se alcanzaban a procesar durante la horas de trabajo, los contratos de unos trescientos solicitantes porque de todos los que lograban ingresar al Estadio, varios eran rechazados por diversas causas, al no cumplir con los requisitos exigidos que en realidad no eran demasiado estrictos, salvo lo referente a la salud, que eso sí, había que pasar por un completo examen médico y además algunas preguntas superficiales relacionadas con ciclos agrícolas y otras sin mayor importancia sobre cosas del campo, para quienes eran enviados a la cosecha y algunas otras labores en los campos agrícolas.

Los cercanos llanos de Narvarte, fueron convertidos pronto en dormitorios al aire libre y cocinas con improvisados fogones en los que se cocinaban toda clase de alimentos y para algunos que habían dado fin a sus recursos económicos, aprovechaban la abundancia de quelites y verdolagas que para su fortuna abundaban en el lugar ya que era el único alimento del que podían disponer. De lo que no quedó ninguna duda es de que al paso de unas cuantas semanas, Narvarte se convirtió en la más grande letrina al aire libre que jamás se haya visto.

Dejando por ahora la situación de angustia y desesperación vivida por los que no lograban ingresar a las oficinas y dar término a su ilusión de obtener un contrato de trabajo, vamos a incursionar en el ambiente de los favorecidos por su buena estrella que sí lo lograron, para inmediatamente después de entrar, formar una fila para ir pasando a las diversas mesas, en las que después de anotar los datos generales del interesado, responder algunas preguntas y ratificar su buena disposición de colaborar en las tareas

agrícolas del país vecino y por último, el completo examen médico y la firma del anhelado contrato, entregándole una valiosa identificación para que volviera a entrar al Estadio después de que fuera a arreglar lo que tuviera pendiente y estar listo para salir hacia el norte.

Antes de partir hacia la estación del ferrocarril, que era el medio de transportación de los braceros hacia el norte, se reunía al grupo, formado por lo general, por alrededor de cuatrocientos trabajadores, colocados en el graderío del Estadio para que escucharan las últimas instrucciones en boca de un funcionario del gobierno estadounidense, pero con un magnífico folclórico español, insistiendo en la obligación de cumplir cabalmente con el tiempo por el que iban contratados, porque decían, que hubo algunos que a los quince días de estar trabajando empezaban a extrañar el calor hogareño, muy especialmente las relaciones matrimoniales, los que eran casados y así escribían a sus familiares para que enviaran una carta diciendo que la esposa se encontraba muy grave de salud y no era cierto, pero a los pocos días de estar de nuevo en su casa, entonces sí la esposa quedaba en un verdadero estado de gravedad.

Otra de las recomendaciones que señalaba en su alegre perorata era que, cuando por alguna causa el convoy se detuviera en las estaciones a lo largo del recorrido, fueran respetuosos con las mujeres, ya que podría darse el caso de que alguna de ellas fuera la madre, la esposa o hermana de sus propios compañeros de viaje, pero que ya cuando pasaran la frontera, a las güeras de aquel lado les dijeran todo lo que se les ocurriera.... allá los sometían al orden.

Con todo esta clase de recomendaciones, sin embargo sucedía que algunos trenes cuando llegaban a la frontera, algunos de los trabajadores se bajaban en las paradas que por necesidad tenía que realizar el convoy, esto era debido a los rumores que de manera especial las mujeres que acudían a las estaciones, sabedoras que algún familiar viajaba en ese tren se encargaban de difundir en el sentido de que no los llevaban a trabajar, que los iban a mandar a los frentes de la guerra y esto por la escasa o nula información de una de las cláusulas del convenio celebrado entre ambos gobiernos, en la que se especificaba, que por ningún motivo se permitiría que alguno de los trabajadores contratados, tratara de solicitar su ingreso en el ejército norteamericano.

Cuando los trabajadores contratados llegaban a la estación del ferrocarril para abordar el convoy que los trasladaría a la frontera, se encontraban con la novedad de que carros caja utilizados para el transporte de toda clase de mercancía, fueron arreglados instalando bancas a todo el largo de las paredes, para que cada quien ocupara un lugar donde sentarse sin tener ningún otra comodidad, ni siquiera para desahogar sus necesidades fisiológicas, hasta que transcurrido algún determinado tiempo el tren detenía su marcha, en lugares donde podían bajar para satisfacer esas necesidades.

En cuanto a la comida servida a lo largo del trayecto de la Capital a la frontera, era un reflejo fiel de la actitud que asume todo aquel individuo carente de escrúpulos, que por influencia, recibe la encomienda de prestar un servicio oficial para el desarrollo de cualquier actividad y cuyo servicio alimentario consistía en proporcionar a cada uno de los viajeros, un plato de peltre y una cuchara para que

formando una línea fueran pasando frente a grandes toneles llenos de comida de los cuales se iba vaciando en cada plato, un cucharón de sopa, uno de guisado y uno de frijoles y por último, recibir una media docena de tortillas y entonces, cada uno buscaba el lugar que más le acomodara para ingerir su ración. Esta operación se realizaba tres veces al día, teniendo el convoy que suspender su recorrido por el tiempo necesario para desahogar esta labor y que finalmente fue la causa de que el trayecto de la ciudad de México a la frontera de Nogales, Sonora, durara cuatro días con sus respectivas noches.

Al llegar a la frontera, el tren mexicano maniobró para quedar con la parte de atrás, conectada directamente con el convoy norteamericano pasando el total de los viajeros a ocupar carros con asientos acojinados, que muchos de los que allí nos encontrábamos jamás habíamos conocido por su comodidad y limpieza; claramente se notaba que esta actitud reflejaba de alguna manera, el agradecimiento del gobierno americano, por la gran importancia que para ellos representaba, el hecho de tener brazos suficientes para levantar sus cosechas.

Tan pronto como cada uno de los viajeros quedó instalado en su respectivo asiento, se nos repartieron cajitas de cartón conteniendo cada una: dos sandwiches de jamón y queso, una pequeña botella de refresco y una manzana, y unas dos horas más tarde, después del mediodía, se nos avisó que en fila de uno en uno, pasáramos a tomar asiento al carro comedor y con sorpresa vimos largas mesas cubiertas con blancos manteles y un equipo de personas de color uniformados con chaquetines blancos, que ceremoniosamente y cuando ocupamos nuestros asientos,

empezaron a servir una magnífica y abundante comida que con el paso del tiempo he olvidado que fue lo que comí, pero sí, en mi memoria, quedó hondamente grabada la diferencia entre el trato recibido por los encargados de nuestro transporte en el lado mexicano y el que nos diera el cruzar la frontera.

EL MAYORDOMO

En 1945, D'arrigo Brottis. Mountain. View en California.



Sentado: Francisco Rivas (mayordomo). De pie: Angel Farfán, José Piedad Melgoza y otros, cortando brockle.

Dos días más con sus respectivas noches, viajamos después de haber cruzado la frontera, hasta el lugar donde por fin fuimos informados de que habíamos llegado a nuestro destino; durante el trayecto, ya en territorio estadounidense, se nos dieron instrucciones para que se organizaran grupos de entre diez a doce hombres, procurando que se juntaran aquellos que de alguna manera tuvieran una mayor afinidad para la convivencia y el desarrollo de las labores que les fueron encomendadas y además era importante que se nombrara alguien que hablara en representación del grupo y de preferencia si había alguno que entendiera algo el idioma inglés.

No tardaron mucho en comenzar las especulaciones, volviendo al tiempo que duró el viaje, acerca del área a la que íbamos destinados y la clase de trabajo a desarrollar; de lo primero, se decía que íbamos hasta un Estado fronterizo con Canadá y en relación con el trabajo, se aseguraban que era el desajije del betabel, tema que sirvió para entretener toda clase de conclusiones, ya que los que conocían o habían oído algo más al respecto, decían que este desajije era de los trabajos más crueles y agotadores que pudieran existir.

El grupo de doce que nos juntamos nombró su representante a un Jesús Gómez, ya que durante el viaje había manifestado que él conocía algo del idioma debido a que estuvo tiempo atrás, trabajando en algún lugar de los Estados Unidos y como la mayor parte de los que quedamos integrados al grupo éramos gente más bien acostumbrada a la vida citadina y con escasos

conocimientos sobre asuntos agrícolas, aceptamos el nombramiento del Sr. Gómez; sin embargo, pronto empezó este señor a dar muestras de que su conocimiento del idioma no alcanzaba para resolver las necesidades del grupo referentes a la instalación habitacional que nos serviría para vivir durante el tiempo que durara el trabajo a desarrollar.

La habitación que se nos proporcionó era un vieja casona de dos pisos a la que le faltaba poner en condiciones de uso los servicios sanitarios, por fortuna un ciudadano de origen mexicano, empleado del ferrocarril, cuyo trabajo era inspeccionar la vía, se encontraba cerca y sirvió de intérprete y aunque su vocabulario no era muy extenso, pues

no entendía lo que era el servicio sanitario, si nos ayudó a solucionar el problema, finalmente y con la buena voluntad de la persona que sería nuestro mayordomo, quedamos bien instalados en este pequeño pueblo, que nos serviría de base para acudir a realizar nuestro trabajo.

Hugh Brady, nombre de la persona que nos guió y que con muy buena voluntad fue nuestro maestro en los varios quehaceres que tuvimos que realizar, mientras el betabel (las pequeñas plantas) crecían al tamaño apropiado para el expectante desajje. Nunca se borró de mi memoria la bondadosa actitud con la que siempre se condujo, incluso en ocasiones en las que cometíamos algún error y la paciente actitud que mostraba para enseñarnos los pormenores de algún trabajo que nunca habíamos realizado; estas actividades las llevábamos a cabo para no estar desocupados ya que una de las cláusulas del contrato de trabajo, establecía la obligación de abonar una determinada cantidad, cuando la falta no fuera por causa del trabajador.

En cuanto a la alimentación, ya estaban hechos los arreglos para que un matrimonio, dueño del único restaurante que había, se encargara de atendernos y aún y cuando era un pareja de edad un tanto avanzada, la atención recibida demostraba el deseo de darnos satisfacción, hasta donde su capacidad les permitía y aquí fue donde el señor Gómez, empezó a mostrar que su conocimiento del idioma no era lo que nos había dicho porque más de una semana estuvimos desayunando hot cakes hasta que un domingo nos la pasamos en ayunas hasta el mediodía que llegaron a abrir, con seguridad a él si le avisaron y cuando le preguntaban si nos gustaban mucho o queríamos algo diferente, lo único que respondía era su acostumbrado yes, yes.

De los doce que componíamos el grupo, éramos dos los que sabíamos suficientes palabras del idioma, como para pedir cualquier cosa, solo que nuestra timidez de meter la pata nos orillaba a quedarnos callados pero animados y con el apoyo de la mayoría, le dimos las gracias a don Jesús, por sus servicios como interprete y desde ese día empezamos a desayunar algo diferente de los hot cakes.

Por fin llegó el día de trabajar en el esperado desajje de betabel y a cada uno se nos entregó un azadón de mango corto y ya en el campo se nos separó a quienes nunca habíamos hecho este trabajo y se nos instruyó acerca de lo que teníamos que hacer; a lo largo del surco aparecía una hilera de plantitas que había que quitar con el azadón e ir dejando solamente una en una, separadas por una distancia de aproximadamente unos 25 centímetros y tan pronto como quedó bien claro lo que había que hacer, empezaron las bromas acerca de lo inútil que había resultado tanta preocupación, cuando era tan fácil y tan sencillo el trabajo a desempeñar.

Pero la realidad vino a poner las cosas en su lugar, porque a las dos o tres horas de haber empezado a trabajar ya no podía uno enderezarse por las dificultades del dolor de cintura, ya que el trabajo se realiza inclinado, llegando a un grado tan intenso este dolor que hasta para sentarse a comer tenía que hacerse poco a poco y agarrándose del respaldo de la silla y por las noches se oían los lamentos que hasta en sueños emitían algunos.- Pasadas unas tres semanas y cuando más o menos ya estábamos algo acostumbrados al vil trabajo, dividieron el grupo en dos y los seis que quedamos, fuimos trasladados a otro pequeño pueblo en el que la principal ocupación era la recolección de papa.

En este nuevo lugar, los seis ya mejor identificados en varios aspectos de nuestra convivencia, pronto logramos un alto grado de aceptación entre los principales residentes, pero de manera especial en el hombre para el que llegamos a trabajar; en buena parte, quizá a que fuimos capaces de desempeñar labores desde carpinteros y albañiles hasta el manejo de vehículos automotores.

Aún no empezaba la cosecha de papa, principal producto agrícola en esta área y por ello hubo que participar en la construcción de una bodega, en parte subterránea; pero el techo acondicionado con un excelente sistema aislante del clima riguroso de la región, de manera que cuando empezaron a soplar los primeros vientos helados, teníamos en el interior de la bodega una agradable temperatura.- En la construcción de esta bodega o almacén, desempeñamos trabajos de albañiles y carpinteros y a mí me tocó acarrear la madera desde un no muy lejano aserradero, manejando un camión con muy escaso servicio de mantenimiento, dadas

las condiciones en que la industria automotriz se mantenía, dedicada exclusivamente a cubrir las necesidades del ejército, así que tenía que maniobrar con sumo cuidado para bajar del aserradero y también ya en terreno plano debido al estado de mal funcionamiento de las balatas en el sistema de frenos.

Muy a tiempo terminamos de construir el almacén para empezar a recibir y descargar los camiones, que cargados de papa, empezaron a llegar a comenzar la cosecha y de los seis, ninguno fuimos a recoger la cosecha. Nuestra ocupación consistió en descargar los camiones procedentes de los campos, seleccionar la papa, encostarla y cargar furgones de ferrocarril; para la selección fue instalada una banda para transportar la papa en uno de los extremos, una tolva donde se vaciaban los costales y en el otro, los encargados de llenar y coser los costales ya con la papa seleccionada y lista para llenar los furgones del ferrocarril colocados en una vía casi pegada a la pared del almacén y a través de una ventana hecha para cumplir ese propósito.

Antes de seguir con la narración, quiero hacer un pequeño paréntesis para señalar lo positivo, que en el aspecto moral, resulta un hecho cuando se aplica la ley sin favoritismo ni componendas de ninguna especie: sucede que cada furgón de ferrocarril cargado de papa, debía ser aprobado y certificado por un inspector del gobierno y esta representación la tenía un ciudadano vecino del pueblo y de escaso poder económico, comparado con nuestro patrón, que controlaba la mayor parte de la cosecha de papa de esta región y como el patrón le interesaba despachar pronto la producción, obligaba a quienes estaban encargados de alimentar la banda, a que vaciaran más rápido los costales, dando por resultado que por más atención que se pusiera en seleccionar, no se podía desechar toda la papa que no reunía el requisito de primera calidad y así se iban los costales al llenado del furgón.- Pero esa vez que ya estaba casi lleno el furgón el inspector ordenó que se entresacaran dos costales para examinarlos, resultando que el contenido no cumplía con el porcentaje de calidad requerida y hubo que descargar todo el furgón para volver a seleccionar su contenido y nos preguntamos si esto pudiera haber sucedido, en algún lugar de nuestro querido territorio nacional.

Después de este incidente ya no volvió a repetirse otra situación igual y así seguimos con nuestra diaria rutina y cuando vimos por primera vez en nuestra vida, caer una nevada intensa y abundante, pudimos comprobar la comodidad del almacén o bodega que habíamos ayudado a construir y el excelente aislamiento, del sistema empleado en la construcción del techo, que nos permitía realizar nuestra tarea como si estuviéramos en el interior de nuestra habitación.

En el transcurso de unos pocos días, terminó nuestro contrato para trabajar en EE. UU. y empezaron los preparativos para regresar a México pero yo no deseaba regresar todavía y hasta donde me alcanzaba la capacidad hice gestiones para que me cambiaran a otro lugar y renovar mi contrato ya que en esta región el clima invernal es tan riguroso, que todas las actividades relacionadas con el campo quedan suspendidas, sin embargo, por más que expuse mis intenciones ante las autoridades del trabajo, no pudieron o no quisieron resolver mi deseo; así que empecé a elaborar un plan para abandonar las oficinas del campo al que nos enviaron, mientras se formalizaba el regreso a México y pedí un permiso para visitar al señor Brady mi ex mayordomo, cuya residencia distaba una hora aproximadamente y me fue concedido.

Con el permiso concedido, se concretó la decisión de desertar y convertirme en ilegal, el señor Brady me recibió amablemente y otro día por ser domingo, lo acompañé, después del desayuno, al servicio religioso. No pudo acompañarme a la parada de los autobuses que de haberlo hecho, se habría dado cuenta que iba con rumbo al sur y con destino a Sacramento, California, y tal vez dada su manera de comportarse me hubiera disuadido de mi propósito.

El viaje hasta Sacramento transcurrió sin novedad, salvo un pequeño sobresalto, cuando un individuo con uniforme subió el autobús y empezó a mirar hacia las maletas y a los pasajeros y pensé que hasta ahí había llegado mi intención de permanecer en territorio estadounidense, sin embargo, solo se trataba de una inspección agrícola, al llegar a Sacramento y ante el temor de ser descubierto, de inmediato abordé el autobús con destino a Colusa, California, un pequeño pueblo en el que desde hacía varios años residía Vicente, un primo hermano con quien conviví en los primeros años de mi infancia.

Con verdadera sorpresa me recibió Vicente, que aunque sabía que yo andaba en calidad de bracero en EE.UU., nunca pensó la posibilidad de que fuera a visitarlo y cuando le conté mi odisea, se ofreció a darme alojamiento en su casa mientras esperábamos como iban presentándose las oportunidades de trabajo.- Mi primo era dueño de un establecimiento dedicado a la venta de cerveza y adjunto un salón de billares, así es que me levantaba temprano para la limpieza del establecimiento y durante el día lo auxiliaba en las labores propias del establecimiento y aún cuando en California siempre hay algo que hacer, los trabajos agrícolas disminuyen durante el invierno, pero con todo y esto había días que salía a realizar algún trabajo en los alrededores del pueblo.

En mi vida nunca estuve inclinado hacia la ilegalidad, por esto cada vez que salía a realizar algún trabajo, lo hacía con el constante temor de ser aprehendido por las autoridades migratorias y como por ese tiempo empezaba el trabajo de desajajar lechuga en el área de Salinas, para allá me fui en

compañía de dos paisanos, con quienes había hecho una amistosa relación, pero sucede que como a las dos semanas de estar trabajando, una tarde, después de la cena, tres carros negros rodearon las casas donde vivíamos los aproximadamente cuarenta trabajadores y los ocupantes de los carros nos ordenaron reunirnos en el comedor, para revisar nuestro papeles de identidad y según aclararon, comprobar cuantos alambristas, cuantos mojados y cuantos desertados había en el lugar.

Obvio, resulta aclarar que la mayoría resultamos con la descripción que estos personajes había adelantado, mojados, los que se internan a nado; alambristas, los que brincan la cerca fronteriza, donde la hay; y los desertores, como en mi caso, quedando solo cuatro que tenían legalmente su estancia; todos los demás fuimos a mal dormir a una pequeña cárcel y por la mañana fuimos conducidos a un campo de detención, cuyas instalaciones a la orilla del mar cerca de San Francisco, habían estado dedicadas al entrenamiento de quienes eran enviados al frente de batalla en Europa; en este lugar llamado Sharp Park pasamos cerca de un mes, esperando que se completara el suficiente número de deportados para organizar un tren.

Por principio, se nos recibió con un espléndido desayuno, (como han cambiado los tiempos, en un período de 40 o 50 años, cuando los brazos del mexicano eran de extremada urgencia); posteriormente, se nos instruyó acerca del comportamiento que debíamos observar, durante nuestra estancia en este lugar; se nos enseñó a tender la cama de manera que al arrojar una moneda en la superficie de ésta, rebotaba por lo tirante que quedaban sábanas y cobijas; no había mucho quehacer pero se nos dijo que

voluntariamente podíamos escoger, si queríamos hacer algo y yo me enrolé en la lavandería ya que me daba la oportunidad de lavar y planchar mi propia ropa; aquí se lavaba y planchaba toda la ropa de las camas y para las sábanas había unos enormes rodillos calientes en los que dos personas metían la sábana extendida y otras dos del otro lado, las recibían y doblaban listas para su uso.

Esta operación se realizaba dos veces por semana y duraba cuando mucho unas dos horas, así que quedaba tiempo para caminar por la playa hasta el límite del campo de detención.- Casi todos los días llegaban nuevos ilegales, que las autoridades migratorias enviaban, hasta que se completó el tren para ser deportados.- Durante mi estancia en Sharp Park, y después de mucho meditarlo, le escribí una carta al señor Brady, contándole lo que había hecho, lo que me había sucedido y el lugar y las condiciones en que me encontraba y no tardé mucho en recibir su respuesta en una carta enviada más bien a la autoridad a cargo del centro de detención en la que daba a exponer la clase de empleo que desempeñaba y ofreciéndose a hacerse cargo de tramitar lo necesario, para legalizar mi estancia en territorio estadounidense.

Sea por el estado de ánimo en que me encontraba, o también por el hecho de estar conciente de haber cometido algo ilegal, no quise averiguar si había alguna posibilidad de cumplir con el deseo del señor Brady y finalmente, completado el número de ilegales para integrar un convoy ferroviario, fuimos enviados bajo custodia, hacia territorio mexicano y como a cada uno se nos había preguntado hasta donde queríamos nuestro transporte yo opté por la ciudad de México, sin tener una idea exacta de lo que podía suceder una vez llegado a ésta.

A mi arribo a la ciudad de México, fui directamente a la casa de un viejo amigo de mi infancia llamado Juvenal y no soy inclinado a creer en la suerte, pero esta vez sí funcionó mi buena estrella, pues al siguiente día de haber llegado pasaron unas personas entregando solicitudes para todos aquellos que desearan ir a trabajar a los EE.UU.- Estas solicitudes se llenaban con los datos del lugar de origen, domicilio, ocupación y algunas otras preguntas sin mayor importancia, entre ellas, una como la de que si alguna vez había viajado a los EE.UU. pregunta que yo respondí con un no; se explicaba en ellas, que en uno de los periódicos de mayor circulación, empezarían a aparecer listas de 100 solicitantes que ese día deberían presentarse en el domicilio indicado para realizar los trámites para su contratación.

Y pasados unos días, empezaron a salir en el periódico las listas de los que deberían presentarse a realizar los trámites para su contratación y unos cuantos días después apareció mi nombre un tanto temeroso de que hubiera algún reporte, sobre mi comportamiento, que por fortuna no sucedió y sin mayores objeciones estaba ese mismo día firmando mi nuevo contrato por seis meses, esta vez sabiendo que iba a trabajar en California y para ser preciso destinado a San José, agradable ciudad, localizada en el valle de Santa Clara, poco más de unos cien kilómetros al sur de San Francisco y cuya principal cosecha era la ciruela que mediante el proceso de secado, se elaboran las sabrosas ciruelas pasas.

Todavía no empezaba la pizca de ciruela y nos ocupaban para efectuar algún otro trabajo y un día de mediados de agosto, un grupo de seis estábamos pizcando una huerta de chabacanos en las goteras de la ciudad, cuando un poco después de medio día, empezamos a escuchar un gran alboroto, pitos de locomotoras, campanas repicando y claxones de automóvil provocando un gran escándalo y pronto nos enteramos cual era el motivo de toda esta algarabía: la guerra había terminado; el resto de esa tarde y la noche y el día siguiente, fueron de fiesta, la gente bailando y abrazándose en las calles y para terminar un desfile de carros adornados ocupados por bellas damas lanzando besos a los cuatro puntos cardinales.

A nuestro arribo a San José, un grupo de veinte trabajadores fuimos alojados en habitaciones junto a una planta secadora de ciruela en la que desde el comienzo de la pizca, se establecieron tres turnos de operación quedando los veinte repartidos en los turnos de acuerdo a las necesidades de funcionamiento; en el turno de noche fueron pocos los asignados, entre ellos quedó el "cinta colorada", apodo ganado a pulso porque este compañero compró un sombrero de palma y le acopló un listón rojo, pero ese sombrero bien sujeto a la barba por medio de la cinta, no se lo quitaba ni de noche ni de día pues de día dormía con el sombrero.- El trabajo más pesado de esta planta era el realizado por dos, uno a cada lado de la banda transportadora a donde llegaban unas tablas con un bordo en las orillas conteniendo una capa de ciruelas y acomodarlas perfectamente alineadas en plataformas adecuadas, provistas de rodillos para enviarlas a los hornos de secado.

Al finalizar la temporada de la ciruela, el grupo fue dividido, y en unidades de cuatro o cinco elementos, fuimos enviados a lugares en los que había trabajo más permanente, por mi parte quedé integrado con tres compañeros: Rafael "el niño" por su cara infantil; Ramón "el penco" por sus características campiranas, que nunca cambió y Ángel y yo; entre los cuatro formamos una especie de equipo bastante unido en todas nuestras actividades.

Nuestra primera experiencia laboral, fue aprender lo relacionado con el cultivo de los viñedos, bajo la supervisión de dos ciudadanos de origen italiano con los que llegamos a entendernos casi perfectamente, ya que lo que no entendíamos lo adivinábamos, ya fuera por señas o por su entreverado uso del idioma inglés, cuyos siguientes ejemplos nos muestran la realidad de lo que ocurría.

Estábamos trabajando cerca de la casa donde vivíamos y uno de los italianos le ordenó a Ángel; compañero, anda a la barna y briga la forca, queriendo decir con ello, ve al "barn" granero y trae bringa "bring" traer la forca, "fork", horquilla o este otro, compañero no anda la crika, va a brocar la lega, lo cual significaba que no cruzara el arroyo pues existía un puente y podía quebrarse una pierna, "crika" era creek, arroyo, "brocar" to break, quebrar o romper, la "lega" leg pierna ya se puede, quien esto llegue a leer formarse una idea de la manera en que podíamos entendernos.

En este lugar tuvimos que cocinar nuestra comida y para ello nos repartimos la tarea de acuerdo con nuestro conocimiento que del arte de cocinar teníamos cada uno y como para la compra de nuestra provisión teníamos que depender del humor del italiano jefe, optamos por comprar un Fordcito modelo 34, que nos costó trescientos dólares y así tuvimos en que trasladarnos a San José cada vez que necesitábamos comprar comida, sin tener que esperar que los italianos pudieran y quisieran llevarnos.

Por fortuna para este tiempo como se había terminado la guerra, el racionamiento de gasolina ya no funcionaba, nuestra estancia en este lugar no se prolongó ya que en poco tiempo terminamos de hacer el trabajo necesario y esperar hasta la cosecha, los cuatro fuimos regresados a las oficinas de trabajo, que el gobierno tenía y como aún no se vencía nuestro contrato, tuvo el jefe de la oficina, señor Manilli, "Manila" para nosotros, buscarnos ocupación.

No había transcurrido mucho tiempo de estar conversando con el señor Manilli, que por cierto hablaba muy buen español y con el que ya desde antes teníamos establecida una buena amistad, cuando se presentó un español con todas las trazas de capataz y que iba en busca de trabajadores para una congregación religiosa, propietaria de varios viñedos y dedicada a la elaboración de vinos para el servicio eclesiástico y cuando en idioma inglés estaban tratando lo relacionado con los salarios, alcancé a oír que estaban pagando a 80 centavos a la hora, pero a la hora de firmar el convenio se nos señaló solo 70 centavos, esto originó una discusión que finalmente, después de conseguir que se nos pagara igual a los demás y a instancias del señor Manilli, que me aseguró que el lugar nos iba a gustar, salimos con rumbo a Los Gatos, Calif. a trabajar al Noviciado Los Gatos administrado por sacerdotes jesuitas.

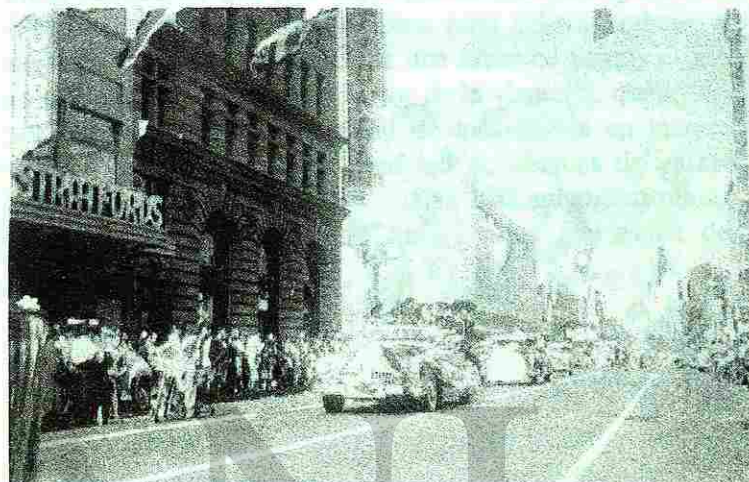
Y la realidad, confirmó lo dicho por el señor "Manila", pues desde nuestro arribo al lugar empezamos a disfrutar de las condiciones de vida que tenían los trabajadores; por principio se nos alojó en cuartos individuales con servicios sanitarios comunes pero bien acondicionados y hasta adjunto un amplio salón de descanso y recreación, así como ropa limpia de la cama, dos veces por semana.

A unos doscientos metros de nuestro alojamiento y en el edificio principal estaba instalado el amplio comedor para los trabajadores y allá fuimos esa mañana a engullir un apetitoso almuerzo y en seguida dar comienzo a nuestra labor, consistente en podar y acondicionar el terreno alrededor de las viñas, algo en lo que habíamos adquirido conocimiento durante nuestra anterior ocupación, algunas veces salíamos a trabajar a viñedos lejos y entonces se nos enviaba comida caliente a la hora del medio día, pero como quiera en este aspecto, siempre recibíamos una esmerada atención.

Cabe aquí hacer la aclaración de que, a pesar de ser nuestro empleador, una organización religiosa, nunca se nos pidió y menos exigir nuestra asistencia a los servicios religiosos, ni siquiera en los días domingos, en que el desayuno se servía después de la celebración de la misa, es más había quienes asistían por propia voluntad, pero a los que no iban a misa nunca se les hizo algún extrañamiento al respecto.

CELEBRACIÓN DEL FIN DE LA GUERRA

En 1945, la celebración del fin de la guerra, por la Avenida Market en San José, California.

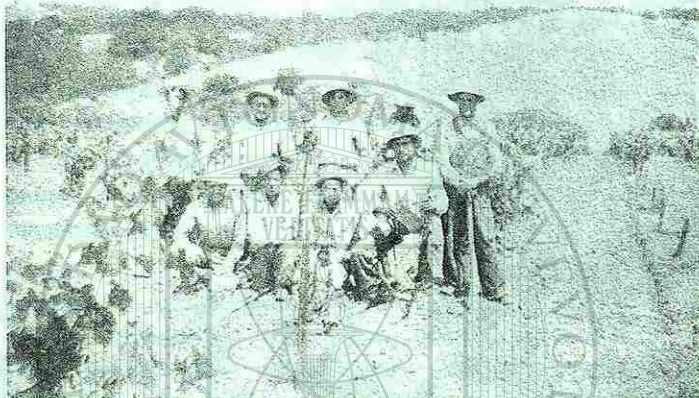


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCARBANDO VIÑAS

El 1946, Evergreen, California, en el escarbado de viñas.

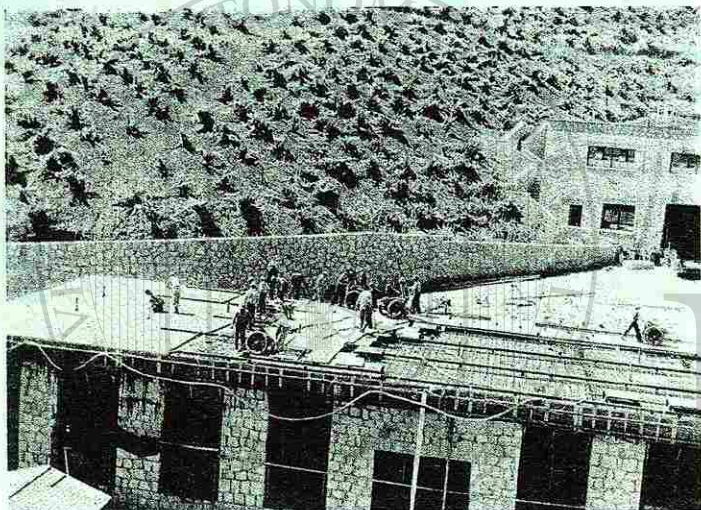


Todas estas actitudes relacionadas tanto con el trabajo, como con el trato recibido, me convencieron de la recomendación hecha por "Manila" al salir de su oficina, en el sentido de que nos iba a gustar estar trabajando en este lugar.- Un día estando listos para salir al trabajo, a dos nos apartaron para realizar una labor de urgencia que se había presentado en el interior de la vinatería, quedando sorprendidos de la inmensidad de los salones en lo que estaban instalados la gran cantidad de tanques de varias capacidades, algunos de los cuales ostentaban cartulinas indicando más de cien mil litros, todos fabricados de maderas especiales.

De izq. a de: Rafael, El tío, Paco, -benja-, Don Benjamín, El Cabo, El Italiano, José Piedad Melgoza y Angel.

CONSTRUCCIÓN DE LA ALBERCA

En 1946, la construcción de una alberca y sus instalaciones, en Los Gatos, California



EL TRATAMIENTO

Al terminar la semana, terminó también la tarea de limpieza para la que fuimos llevados a la vinatería y a mí se me dijo que el siguiente lunes volviera a trabajar aquí mismo, avisándole al mayordomo de campo acerca de esta decisión, algo que no fue muy de su agrado, hasta que tuvo que ir a convencerse por sí mismo, de la orden dada por el padre Mc Kee cabeza principal del organismo conocido como Noviciado de Los Gatos y todo el tiempo que permanecí trabajando lo pasé bajo sombra y aunque algunas veces había que andar a las carreras, desempeñando alguna tarea especial, nunca era igual al andar afuera soportando las inclemencias del tiempo. Por esto cuando los domingos íbamos a San José o a San Francisco, algunos paisanos se extrañaban de que mi piel no presentaba señales de estar expuesta al sol, preguntando si acaso trabajaba yo en alguna oficina.

El trato recibido por los trabajadores, en este lugar administrado por una organismo religioso católico, me dio margen para reflexionar acerca de la actitud que en nuestro sufrido país han adoptado, desde siempre, los altos jerarcas de la Iglesia Católica, predicando humildad y sumisión entre los pobres, pero alternando siempre con la clase rica y opresora; y además, pisoteando las leyes, tachándolas de injustas e inaplicables por el hecho de que limitan su voracidad en asuntos propiamente temporales ya que la labor verdaderamente evangelizadora, no ha sido objeto de represión, como lo han manifestado en sus protestas, llegando su altanería hacia nuestras leyes, hasta el grado de sublevar a la población en contra del Gobierno, como sucedió a finales de la década de los años veinte del siglo

pasado en la región de los Altos en el Estado de Jalisco, popularmente conocido como la revolución cristera.

Después de este desahogo y volviendo con el relato, debo manifestar que, salvo un pequeño incidente protagonizado con uno de los novicios que de vez en cuando mandaban a ayudar en alguna tarea, los años que estuve renovando mis contratos de trabajo, los pasé en la vinatería, hasta mi regreso a México.- Ese incidente sin mayor importancia, se agravó por la intervención del capataz, que también era novicio pero de mas categoría, que intervino desde luego a favor de su "hermano" y al no tolerar yo esta situación, solicité ir a trabajar afuera, pero solo por una semana, al final de esa semana se me ordenó volver a trabajar en el interior de la vinatería, después de que el padre Mc Kee anduvo diciendo que yo no servía para andar trabajando afuera.

Durante los aproximadamente cinco años que estuve renovando mi contrato de trabajo, más o menos cuatro fueron los que trabajé en el Noviciado de Los Gatos y en ese tiempo el convenio firmado por los gobiernos mexicano y estadounidense se dio por terminado y entonces se nos manifestó que se estaban haciendo gestiones para reanudarlo y que, mientras tanto, nuestra situación iba a ser ilegal, así que estábamos en libertad de regresar a México o arriesgarnos a sufrir las consecuencias, si llegábamos a ser detenidos por autoridad de inmigración.

La mayor parte de quienes estaban bajo contrato, optó por regresar a México, entre ellos mis fieles compañeros; el "niño", el "penco" y Ángel; yo por mi parte, tomé el riesgo y no mucho tiempo después estaba de nuevo legalmente firmando mis contratos de trabajo.- De los cerca cinco años que duró esta vez mi estancia en EE.UU., sin regresar a México, cerca de cuatro los pasé en el Noviciado y de ellos la mayor parte trabajando en la Vinatería, es decir el lugar donde se llevaba a cabo el proceso de elaboración y añejamiento del vino, que era finalmente el propósito para el que se cosechaba toda la uva de los viñedos, propiedad de la empresa.

Cuando firmé mi nuevo contrato, le agregaron una cláusula que obligaba a los patrones a deducir un 2% del salario y enviarlo en depósito a un banco que el trabajador señalara en México y el monto acumulado, le sería entregado a éste a su regreso al país; hago esta aclaración por las diversas quejas que posteriormente algunos trabajadores mexicanos presentaban en contra de bancos estadounidense, esta situación se presentó como a mediados del año 1946 y nunca supe el tiempo en que fue anulada esta disposición.

Puede decirse que, para la época, mi ingreso económico era bueno, pero nunca pensé en quedarme a vivir en los Estados Unidos y por eso fue que un compromiso matrimonial, ya que en las últimas etapas de su realización, se deshizo cuando la que iba a ser mi esposa, decidió a instancias de su señora madre, no venirse a vivir a México.

La ilusión de ser propietario de un pedazo de tierra, suficiente para producir el alimento básico, para el sostenimiento de una familia, fue el motivo que me impulsó a correr la aventura de enrolarme de bracero, al no tener en México la oportunidad ni los medios necesarios para reunir el dinero suficiente para empezar a llevar a la realidad, el sueño acariciado durante un ya largo periodo de tiempo.

Cuando consideré haber reunido la cantidad necesaria para llevar adelante mis planes, hablé con el padre Mc kee y le manifesté mi deseo de regresar a México, y por tanto, dejar el trabajo; al oír mi petición, se sorprendió tal vez, no por lo de mi regreso a México, sino por el hecho de que deseaba abandonar su trabajo al que muchos desearían incorporarse, tratando entonces de darle una mejor solución al asunto, me ofreció tramitar con las autoridades migratorias, un permiso para visitar mis familiares en México, hasta por un mes de duración y así poder volver al trabajo.

Pero ya lo había decidido y no queriendo aceptar ningún razonamiento que pudiera disuadirme de mi propósito y contando con la seguridad que según yo, representaba la cantidad en efectivo, que depositada en un banco de México, había logrado ahorrar, ya no había para que estar esperando, solo empezar a poner en práctica la realización del sueño acariciado por tanto tiempo así que comencé a preparar mi regreso a México, con la mente repleta de ilusiones y también cegado, ahora lo reconozco, por un destello de vanidad.

Pasada la euforia producida en la familia, con motivo de mi regreso dio comienzo mi peregrinar en busca de un pedazo de tierra que llenara las condiciones necesarias, tanto a mi propósito, como a mi capacidad económica y pasado algún tiempo sin obtener ningún resultado satisfactorio, mi padre platicando con un amigo, que vivía como integrante de uno de los núcleos ejidales que en ese tiempo circundaban la ciudad, lo puso al tanto de mis afanes y entonces ese amigo, le sugirió a mi padre que hiciéramos una solicitud a su comunidad y ver alguna posibilidad de ser aceptados como miembros de la agrupación.

Así lo hicimos y en la siguiente asamblea celebrada por este núcleo ejidal nos presentamos con la solicitud y después de una serie de discusiones y apoyados siempre por el amigo de mi padre, finalmente fuimos admitidos como solicitantes de acuerdo a la estructura de las organizaciones ejidales.- Y para nuestra fortuna, ese mismo día, otro solicitante estaba renunciando a seguir perteneciendo al ejido y mediante una módica retribución, nos cedió sus derechos a la parcela que había estado trabajando.

A poco más de un año de estar instalada la familia y que mis hermanas casi se habían acostumbrado a cocinar con leña, mi reserva económica que hasta entonces había sido la base de nuestra sustentación, se agotó y hubo que vivir con altibajos económicos, ya que a pesar de que se había incrementado el número de cabras y se vendía la leche y los cabritos cuando había, en ocasiones escaseaba y entonces se limitaba mucho el ingreso; sin embargo, estábamos ya enrolados en la vida del campo y viviendo yo, aunque no completamente satisfecho, el sueño acariciado durante largo tiempo.

Teníamos aproximadamente un año y medio de estar ya establecida la familia, en este lugar, cuando las oficinas del centro de concentración de braceros fueron instalados en Monterrey y con ese motivo, las aglomeraciones de gente que yo había conocido en México, volvieron a aparecer en las inmediaciones del campo militar, que fue el lugar donde quedaron instaladas dichas oficinas.

Entre los que como en México, llegaron de todas partes tratando de contratarse, vino mi amigo Juvenal a cuya casa en México llegué, al ser repatriado, y empezó a tratar de convencerme de que lo acompañara en su propósito de contratarse, sabiendo de mi experiencia adquirida con anterioridad, pero no logró convencerme y él si pudo contratarse, pero no le fue muy bien y al poco tiempo tuvo que regresar a su casa; al siguiente año volvió con la misma insistencia y estando urgido de incrementar de algún modo nuestros ingresos, acepté acompañarlo.

Para este tiempo, había yo podido ya establecer algunas buenas relaciones con personas de influencia en el ambiente gubernamental, acudí a una de ellas en solicitud de una recomendación que nos facilitara el ingreso a las oficinas de

contratación, sin andar en la aglomeración que también, como en su tiempo, se daba en la capital del país; así que sin mayores apuros conseguimos contratarnos para ir a trabajar en el Estado de Missouri, en actividades relacionadas con el cultivo y recolección del algodón.

Al terminar las labores de cultivo en los campos algodóneros, nuestro contrato también expiró y mientras Juvenal regresaba a México, al no querer quedarse por más tiempo, yo conseguí mi traslado a Texas, con el ofrecimiento de parte de la oficina de trabajo, de volver a contratarme cuando empezara la temporada de la cosecha, mientras tanto debería permanecer a la expectativa y estar informándome, en la oficina que para contratación estaba establecida en Hidalgo, Texas, río Bravo de por medio, con Reynosa.

Al volver a Missouri fui enviado a trabajar con una compañía que controlaba una enorme cantidad de hectáreas, la mayor parte sembradas de algodón ya listos para la cosecha y sucedió que, cuando estaban entregando los costales (sacos de lona), para pizar, así como utensilios de cocina pues cada uno tenía que cocinar su propia comida, los capataces de origen méxico-tejano, nos hicieron saber que iban a ser descontados del salario y allí empezaron las dificultades; de inmediato empezaron a ponerse de acuerdo con la mayor parte de trabajadores, para no salir a trabajar, pese a las amenazas de los capataces de que los regresarían a México, si no salían al trabajo.

CONDICIONES LABORALES

Alguien que sabía que yo entendía el inglés me puso un contrato en la mano y me pidió que fuera yo a hablar con el principal de la compañía, que en realidad era el dueño de todas esas tierras y cuando estuve frente a este señor, le expliqué que nuestros contratos estipulaban que el patrón estaba obligado a proporcionar todo lo necesario para el desempeño del trabajo, sin cargo alguno para el trabajador y cuando él leyó esa cláusula del contrato me dijo que los trabajadores tenían toda la razón, que les dijera que no tenían que pagar por nada de lo que se les entregara y que salieran a trabajar, así se hizo y a mí me empezaron a tomar en cuenta para consultar y atender las necesidades de los trabajadores, cuando fueran presentándose, por lo que nunca salí a pizar algodón.

Terminada la temporada de cosecha y preparado para mi regreso a México, me propusieron la posibilidad de que regresara a trabajar con esta compañía en el siguiente ciclo agrícola, para lo cual dijeron, ellos se harían cargo de los gastos que esto representara, durante la contratación, y así fue durante los tres siguientes años, me enviaban dinero para mi transportación y posteriormente las idas a trabajar a EE.UU. se suspendieron, no así la relación ya que seguimos en contacto por medio de cartas y alguna vez por teléfono.

El tiempo durante el cual estuve trabajando para esta compañía y el trato recibido, de parte de los dueños, me hizo recordar la época en que estuve trabajando en California y la curiosa coincidencia de que las mejores y más prolongadas estancias trabajando en un mismo lugar, principiaron con una casi acalorada discusión relacionada con las condiciones laborales, pero que finalmente concluyó con un buen entendimiento para un mejor estado en la relación patrón-trabajador.

Como la actividad agrícola de esta compañía, era exclusivamente el cultivo del algodón, a consecuencia del desplome mundial en el precio de esta fibra, la enorme laboriosidad de esta empresa se vio mermada al grado de que la última vez que fui a trabajar, fue sólo por dos meses.

Aunque la actividad agrícola de la empresa disminuyó, nuestra amistad no sufrió cambios y así quedó de manifiesto cuando me informaron que el principal dueño y su esposa, ambos en los umbrales de la vejez, deseaban hacer un viaje de placer a México y se me decía si yo podía acompañarlos en su recorrido, mi contestación afirmativa sirvió para que llegaran por mí a su paso con rumbo a la Ciudad de México.

Vinieron acompañados por una persona amiga, empleado de la oficina de trabajo de EE.UU., en la región y al encontrarnos casi de inmediato enfilamos hacia México por la carretera a Ciudad Victoria, Tamps., pues aún no estaba en servicio la carretera México-Laredo.- Al llegar a México, se hospedaron, y yo con ellos, en el Hotel del

Prado, que junto con el Reforma, eran en ese tiempo, los mejores hoteles de la capital, así que tuve la oportunidad de presumir el estar hospedado en lo mejor.

La intención del matrimonio era seguir al puerto de Acapulco, pero la señora me preguntó si en la ruta hacia ese puerto también había montañas y al contestarle que sí aunque no de la magnitud de las que vio al pasar por Tamazunchale, su reacción fue de que no quería ver mas montañas, por lo que después de una semana de estancia en México, nos regresamos haciendo un rodeo hasta la ciudad de Torreón.

Poco después de su retorno a los EE.UU. murió el jefe de la familia y al año siguiente, el hijo mayor con el que yo había tenido la mejor relación, me avisó que deseaba venir a México e igual que la vez anterior con los padres, me preguntó si podría acompañarlo en su viaje y al contestarle que sí, afinamos los planes para que pasaran por mí.- Vino acompañado por su esposa y además por la pareja formada por un viejo empleado de la empresa y su esposa, compañeros míos de trabajo, durante el tiempo que yo también estuve trabajando para esta gente.

A estas dos parejas si les encantó el paisaje de las Huastecas y en la Ciudad de México, solo permanecimos un par de días ya que en sus planes quedaba inscrito el puerto de Acapulco, como su principal objetivo y allá salimos.- A nuestra llegada nos hospedamos en el Hotel

Caleta pues con anterioridad ya ellos habían hecho reservaciones; una semana duró para mí, el sueño hecho realidad, por las vacaciones que estas personas disfrutaron en nuestro país.

El regreso se realizó por la carretera México-Laredo, que ya para ese tiempo estaba terminado el tramo de San Luis Potosí, hasta la frontera. Tuve en ese tiempo, oportunidad para vivir en situaciones muy por encima de mis posibilidades económicas, debido obviamente a que todos los gastos de mis viajes y alojamiento eran solventados por quienes habían sido mis empleadores durante varios años.

Al caer los precios del algodón y terminar el período de su bonancible cultivo, mi ex-patrón y amigo empezó a experimentar en el desarrollo de algunas otras actividades: primero fue la cría de caballos de raza, que no prosperó; después, formó una empresa para el transporte de carga pero era la época en que Hoffa ejercía un absoluto predominio en esta actividad hasta que finalmente instaló una armería en la que según me comunicó sí empezaba a producir buenos resultados y de pronto, una noticia enviada por un matrimonio amigo, informó de la trágica muerte de quien por varios años, llegó a ser el mejor patrón y verdadero amigo.

CONCLUSIÓN

La comunicación con ese matrimonio amigo siguió adelante aún y cuando cambiaron su residencia hacia el sur, pero en otro Estado de la Unión Americana y por ellos supe del estado de desesperación en que quedó la esposa de mi ex patrón, al grado de contraer matrimonio con un vicioso que sólo se dedicó a ayudar a gastar el dinero que pudo haberle quedado.

En sus cartas, la esposa de mi compañero de trabajo, que era la que realmente me escribía, me contaba detalles acerca de la propiedad que habían adquirido y la tranquilidad de que disfrutaban, ilustrándola con algunas fotos hasta de un pequeño lago del que eran propietarios y en el cual, en ocasiones se dedicaban a la pesca, además la extensión del terreno les daba margen para engordar becerros.

Pasó un buen tiempo en el que estuvimos comunicándonos por medio del servicio postal y de pronto, sin que mediara alguna explicación al respecto, la comunicación quedó interrumpida y a los tres o cuatro meses recibí devuelta, la última carta que yo había enviado y así sin ninguna aclaración se terminó esta excelente amistad, dando fin también a un período de aproximadamente unos doce años de mi aventura como bracero y en pos, como muchos otros miles de mexicanos, de hacer realidad nuestros sueños de integrar una familia con capacidad para acceder al disfrute normal de los adelantados de la época, en la que hemos tenido el privilegio de existir.

Monterrey, N.L., octubre de 2002.

Canto del Bracero¹ Rubén Méndez Balada grabada en 1953

Cuando yo me fui pa'l norte
me colé por California
yo no tenía cartilla ni pasaporte,
ni amigos, ni palancas en migración,
pero me colé con resolución.

Recorrí varios estados
de la Unión Americana;
en Arizona y Texas y por Luisiana,
siempre sentí la falta de estimación
que's que dicen que's discriminación.

Ay qué triste es la vida,
qué triste vida es la del bracero,
ay cuánta decepción, cuánta desolación.

Lejos de nuestros padres
y de la novia y del compañero,
dan ganas de llorar, con sólo recordar.

Al pasar por Minesota
y por "Clivelan Ojajo"
cuánto le suspiré al rancho del Pitayo,
rancho que abandoné por aventurar
y al pensar en él quise regresar.

Si tú piensas ir detente,
o si estás allá regresa
donde está tu terruño y está tu gente
y el rinconcito aquél que te vio nacer,
donde está el amor que puedes perder.
Ole ri le riiii....

¹ Obtenido del libro "Cancionero" de Pedro Infante, de Carlos González de León.

CRÉDITOS

Autor: José Piedad Melgoza

Prólogo: M.C. Oscar A. González de León.
Maestro Universitario de la UANL.

Revisión: Lic. Juan Armando Meza Garza.

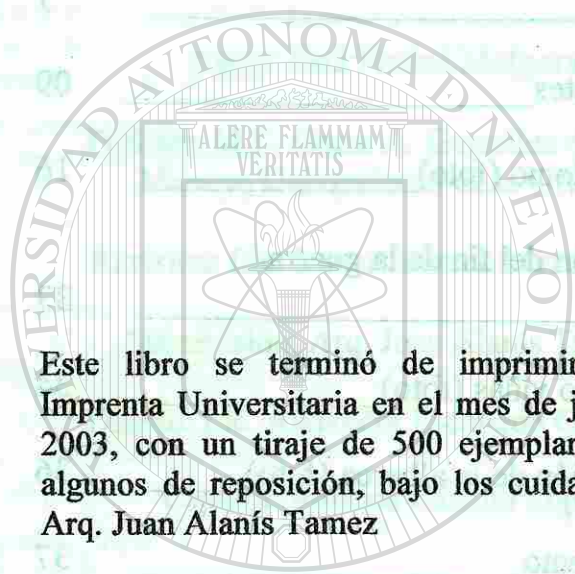
Supervisión: Arq. Juan Alanís Tamez

Diseño: Lic. Alejandra Escobedo Gutiérrez

Captura: Adriana Castillo López

ÍNDICE

Título	Pág.
Prólogo _____	7
Antecedentes _____	09
El Mayordomo (foto) _____	16
Celebración del fin de la guerra (foto) _____	33
Escarbando viñas (foto) _____	34
Construcción de la alberca (foto) _____	36
El tratamiento _____	37
<hr/>	
Condiciones laborales _____	44
Conclusión _____	48
Canto del Bracero (Rubén Méndez) _____	49



Este libro se terminó de imprimir en la Imprenta Universitaria en el mes de junio de 2003, con un tiraje de 500 ejemplares, más algunos de reposición, bajo los cuidados del Arq. Juan Alanís Tamez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Dr. Luis J. Galán Wong
Rector

Ing. José Antonio González Treviño
Secretario General

Lic. Ricardo C. Villarreal Arrambide
Secretario de Extensión y Cultura

Arq. Juan Alanís Tamez
Director de Artes Musicales y Difusión Cultural

